www.loqueleo.es

© Del texto: 2025, Gabi Tormenta
Un proyecto de Tormenta. www.tormentalibros.com
© De las ilustraciones: 2025, Paula Jerez
Redactado por Abel Amutxategi
© De esta edición:
2025, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.
Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.
Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-84-9122-616-1
Depósito legal: M-11299-2025
Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: octubre de 2025

Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

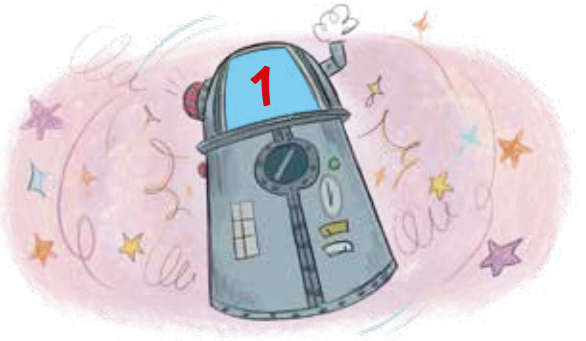
Queda prohibida la utilización de los contenidos de esta obra, de cualquier forma, o por cualquier proceso, con fines de minería de texto y datos, aprendizaje automático, desarrollo y/o entrenamiento y/o enriquecimiento de inteligencias artificiales de cualquier clase.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

CASTIGADOS
en la prehistoria

Gabi Tormenta
Paula Jerez

loqueleo



El cielo de la prehistoria es entre verde y violeta, y hace un frío que se me congelan los mocos.

Solo se escucha el ruido del viento entre las rocas flotantes.

Yo, Daniel Ortiga-Ducks, llevo una armadura de la Era de los Metales, que es una especie de mercadillo con gangas a muy buen precio.

Mi puño es capaz de lanzar proyectiles de plasma.

Eso lo convierte en el arma más letal de toda la Primera Humanidad.

Salto entre meteoritos en busca de mi objetivo.

Necesito encontrar la Llama de los Dioses para salvar a mi pueblo.

Esa es mi misión.

Uso el radar infrarrojo y descubro la llama cerca de mí.

Está justo detrás de un pedrusco enorme.

Pero cuando lo rodeo…

¡¡¡GROOOOAAAAAR!!!

Un gigantesco tiranosaurio rex sale a mi encuentro, y no para darme los buenos días precisamente.

Tiene más dientes que una sierra industrial.

Me ha confundido con su almuerzo, pero yo no pienso quedarme de brazos cruzados.

¡Soy un superhéroe prehistórico!

Le doy un buen mamporro justo antes de que me muerda.

Eso es suficiente para que el *T. rex* salga corriendo como un perrito asustado.

¡JA!

Estoy a punto de capturar la Llama cuando oigo un ruido como de truenos.

¡Parece que todos los amigos y familiares del tiranosaurio vienen hacia mí!

Son una docena, y mucho más grandes que la cría a la que yo he asustado.

Trago saliva.

—No podréis conmigo —mascullo entre dientes.

Pulso un botón secreto de mi armadura y aterriza junto a mí la nave espacial en la que llega el Equipo Alfa al rescate.

El equipo lo forman una pirata capaz de lanzar cuchillos con total precisión, un robot aplastarrocas, una científica especializada en crear escudos protectores y otra media docena de héroes de lo más alucinantes.

¡Nadie en toda la prehistoria podría vencer a un equipo como el nuestro!

—¿DANIEL?

Mi proyección holográfica se quedó congelada justo cuando la pirata acababa de lanzar a un *T. rex* bien lejos de un puñetazo.

La profesora Buenaventura me miraba con los brazos cruzados.

Y no parecía estar demasiado contenta.

—¿Pasa algo? —pregunté.

La profesora Buenaventura acababa de llegar desde Marte para sustituir al profesor ERN3ST0, que faltaría hasta final de curso por mantenimiento. Al final iba a ser verdad que le faltaba un tornillo.

Era una mujer joven y menuda que siempre llevaba una larga cinta verde alrededor del cuello.

Tenía un indomable pelo rizado que se le escapaba en todas direcciones.

Y en esos momentos me estaba mirando muy pero que muy seria.

—¡Daniel Ortiga-Ducks!

—Presente —respondí de forma automática.

—¿No se supone que tu presentación debía tratar sobre la prehistoria?

—Claro —respondí confundido—. Y justo ahora iba a llegar la mejor parte: cuando salen los gladiadores romanos y se abren paso a través de la selva a espadazos láser.

La profesora Buenaventura resopló y anotó algo con su boli de diez colores en un cuaderno de papel.

¡¿Te lo puedes creer?!

Debía de ser la única persona que todavía usaba aquellos trastos en el año 2222.

—Gracias, Daniel, puedes sentarte.

La profesora Buenaventura suspiró y caminó hacia la pizarra de escritura de pensamientos que presidía la clase.

—Y gracias también al resto por el tiempo que le habéis dedicado a vuestras proyecciones. Han sido... impactantes.

Por el tono en el que lo dijo, creo que no le resultaron tan impactantes como un videojuego épico o como un baile de esos que te vuelan la cabeza.

Sino más bien como un carguero estelar chocando contra un asteroide en llamas.

—¿No le ha gustado la parte en la que los alienígenas invadían el castillo medieval?

Bibi había preparado una exposición alucinante sobre la Edad Media.

Robots de madera, cuervos mensajeros vía wifi, dragones ninja...

¡No le faltó de nada!

—Escuchamos, no juzgamos —se recordó la profesora Buenaventura mientras trataba de recuperar la

serenidad—. El único propósito de estos trabajos era conoceros un poco y averiguar lo que os había enseñado hasta ahora el profesor ERN3ST0. Ya sabéis que me acabo de incorporar como profesora en esta Escuela Lunar XXIII, y que lo estaré sustituyendo durante algunos meses.

—¡Falto yo! —dijo Héctor, un chico regordete que siempre creía tener la respuesta correcta para todo—. He preparado una proyección sobre la vida en la antigua Grecia. ¿No quiere verla?

Por la cara que puso la profesora Buenaventura, creo que antes hubiera preferido tragarse una jarra de veneno.

—¿Tiene vampiros? —preguntó.

—No...

—¿Drones de combate?

—Tampoco...

—¿Androides pasteleros?

—Menos...

Suerte que sonó el timbre que marcaba el final de las clases por aquel día, porque la presentación de Héctor parecía de lo más aburrida.

—Esperad un momento, chicos —nos pidió la profesora Buenaventura.

Nos quedamos todos a medio levantar de nuestros asientos.

Como naves de carreras esperando a que alguien les diera la señal de salida.

—Tener un profesor robot tiene muchas ventajas. Nunca se quedan afónicos, son capaces de proyectar vídeos por los ojos... —enumeró la profesora Buenaventura—. Pero ERN3ST0 llevaba demasiado tiempo sin pasar por una buena revisión y, por lo que he podido ver en vuestras proyecciones, un fallo de memoria había corrompido ya sus ficheros digitales.

Héctor frunció los labios hacia abajo.

¡Cualquiera diría que estaba a punto de llorar!

Y es que, para él, era un desastre enterarse de que todo lo que había aprendido con el profesor ERN3ST0 lo había aprendido mal.

De nada servía ser el primero de la clase si lo único que habías aprendido eran disparates.

—No os voy a ocultar que la situación es muy grave —dijo la profesora, muy seria—. ERN3ST0 estaba ya

fuera de garantía, y a pesar de sus errores tendréis que presentaros a la P.E.L.A. antes de que termine el curso.

La noticia desató el pánico en el aula.

—¿La P.E.L.A.? —preguntó Rayna.

—Ay, no, ¡la P.E.L.A.! —exclamó Sandra.

—Pero ¿qué es la P.E.L.A.? —se oyó gritar al fondo de la clase.

Porque lo cierto era que a ninguno de nosotros le sonaban de nada aquellas siglas.

Pero de N.A.D.A.

—Seguro que es la Prueba Extremadamente Larga y Aburrida —dijo Héctor.

—¡O la Pesadilla Enloquecedora de Lógica Absurda! —propuso Bibi.

—¿Y Pelea Épica de Lechugas Asesinas? —sugerí yo.

La profesora Buenaventura puso orden en el aula de la forma más efectiva posible: con un megagrito de esos que solo te enseñan en el último curso de Magisterio.

—¡Tranquilidad, chicos!

La profesora Buenaventura agitó los brazos en el aire como un director de orquesta desquiciado, lo que tampoco es que se alejara demasiado de lo que ella era en realidad en aquellos momentos.

—La P.E.L.A. es la Prueba de Evaluación Lunar para el Alumnado. Y de ella dependerá que paséis de curso o no. Pero no os preocupéis. Se me ha ocurrido un plan de choque que no puede fallar.

—¿Qué es? —preguntó Héctor.

Era un buen chaval, pero le olía desde mi sitio las ganas de ser otra vez el primero de la clase.

—Mañana lo sabréis —dijo la profesora Buenaventura.

Y se despidió de nosotros con un guiño que nos dejó todavía más patidifusos.

¿Qué tendría pensado?